

# DISCURSO

**pronunciado en la Audiencia Solemne de la Exma. Corte Superior de Cuenca, en conmemoración de la muerte del Libertador, por el Ministro Presidente Sr. Dr. Dn. Miguel Cordero Dávila.**

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la Diócesis:— Excelentísimo Tribunal Superior del Distrito:— Señor Gobernador de la Provincia:— Señor Jefe de Zona:— Señores Presidentes de los muy Ilustres Consejos Provincial y Cantonal:— Señores Funcionarios Públicos:— Respetable Corporación de Doctores:— Distinguidos Conciudadanos:

Hemos venido a este severo recinto de la Justicia, para rendir un homenaje de admiración y de gratitud al Padre de la Patria y Héroe Máximo de la Independencia de un mundo.

A los cien años, desde el fondo de la huesa se yergue airosa la excelsa figura del Libertador, caído como un sol en el sombrío ocaso de Santa Marta, pero redivivo también como el mismo sol, al alborcer de cada día en las democracias de América y en toda la faz del orbe civilizado, a las que ilumina con las radiantes fáculas de un astro central.

Prodigioso Varón el que en escasos lustros de más prodigiosa vida, fatigó los hipógrifos del carro de la victoria, afonizó las trompetas de la Fama, dejó exhausto de laureles el árbol de la Gloria y levantó con su es-

pada, mejor aún que con la palanca de Arquímedes, el mundo de la Libertad, sin más puntos de apoyo que su luminoso cerebro y su gigantezco corazón.—La Historia no ha podido menos que asignarle las preeminencias del Genio, y la humanidad toda, al proclamarlo como tal, exalta su grandiosa figura en el bronce y en el mármol, por todos los continentes y latitudes, en apogeo de triunfo, en iluminación de enseñanza y en suprema síntesis de heroísmo, de nobleza y de virtud; sí, de virtud, que significa Fe, de virtud, que expresa hidalguía, de virtud, que simboliza esfuerzo, abnegación y sacrificio, amoldados por la Providencia de lo Alto, en un carácter que todo lo domina y ante nada retrocede, para sacar a flote el estandarte santo de la Libertad, de este dón, precioso entre los preciosos dones otorgados al hombre por el Cielo!

Y la noble cuna del futuro paladín, tenía de ser cristiana, para que hubiese aparecido él como un invencible cruzado de la soberana empresa de la Independencia americana: causa justa como la que más, si llegados los pueblos, como los hombres que los componen, a su mayoría, han de tener derecho de abandonar los paternos lares, para erigir el propio techo, sin hacer dejación alguna en las santidades de la creencia, ni en la integridad de la comunión racial: *Salva Cruce et salvo genere, liber esto* — Tal la síntesis de nuestra liberación de la Metrópoli Española, cuyo maternal dominio, si fecundo en los altos bienes de la Religión, el idioma y la cultura, tenía por infranqueable límite a su ultraprolongación, aquel orden natural sapientísimo que, ante la adultez del hijo, relaja, sino el vínculo de amor, sí el de la dependencia del individuo, que por sí mismo puede subsistir y gobernarse, ya en la propia esfera individual, ya en la social, que no es sino la trascendencia de aquella, en relación a las colectividades.

Y fué Bolívar el gigantezco adalid en la defensa de un derecho innato e inalienable, por mucho que la transición, de un sistema de dependencia a otro de emancipación, previniese algunos ánimos en su contra; sí, por otra parte, la inmensa mayoría americana y gran

parte de la europea misma, se inclinasen reverentes ante el gran Campeón, que fiado en la excelsitud de su ideal, señoreaba las cumbres y dominaba los valles; abatía las fuerzas poderosas del enemigo, sin más armas que las mismas de éste, y a paso de vencedores penetraba cuantas veces le placía, en el augusto templo de la Victoria, rindiéndole caballeresco culto con noblezas de perdón, con alardes de generosidad y con elevaciones supremas de espíritu.— La historia de su vida de ello se compone y en esos capítulos cabe desintegrarla: páginas de gloria, escritas con caracteres de heroísmo, en el albo estandarte de una paz independiente y digna.— No el bajo incentivo del odio a la Metrópoli, sino un soberano culto de amor a la Libertad, agitó, ese mágico cerebro e impulsó ese magnánimo corazón, para mantener inextinguible el fuego de un ideal a todas luces superior, sin las ruindades del egoísmo ni las proclividades del bajo sentir, que en semejante espíritu no cabían otras sombras que las que ostenta el astro rey a nuestros ojos, por el deslumbramiento que nos causan sus irradiaciones, que en veces nos ofuscan y nos confunden.

Patriota, Héroe, Libertador, Mártir: que facetaciones tan brillantes las que ofrece la preciosa vida de Bolívar: hecho todo él para la Patria, para la Libertad, para la Leyenda y para la Apoteosis, como si el seno ubérrimo de América hubiese producido, en soberano esfuerzo de generación, un coloso a quien vienen estrechos la cultura de su tiempo para comprenderlo; el suelo de un Mundo para teatro de sus hazañas; el culmen del Chimborazo para pedestal de su grandeza epónima, y las páginas mismas de la Historia para su completa apología.

¿No nos lo dice todo esto la incomprensión de sus hoy confundidos émulos y enemigos, la extensión incommensurable de sus campañas, su dominador ascenso al Rey sublime de los Andes, para señorearlo con su *Delirio*, después de haberse enfrentado con su geológica magnificencia, que hubo de abatirse ante la grandeza moral del más más insigne Capitán de la tierra; y el asombro con que la misma Clío no ha podido recoger aún

en sus severas dípticas todas las irradiaciones de un foco de luz tan esplendente?...

Hijo de una Patria esclava, Bolívar quiso serlo de una Patria libre, y bien pudo exclamar con el Romano: *Cara Patria, carior libertas!*... cuando adolescente aún, alzaba su mano puesta en Cruz, para jurarse en el Sacro Monte del Lacio, como invencible Campeón de los irredentos de América.—A esa inrompible ligadura de fe y de honor, había de seguir el obligado cortejo del patriotismo genuino: propio renunciamiento, desinterés absoluto, abnegación sin límites y sacrificio hasta el heroísmo; el martirio, la ingratitud y el desengaño, como pórtico letal del sepulcro, cortejo que jamás pudo ocultarse a la penetración de su Genio, al ingresar en la padecida Orden en que los espíritus superiores hacen del culto de la Patria el norte de su vida y la meta de sus aspiraciones, que, en siéndolo con incontaminado propósito, parte forman de la divina armadura de la virtud, y a esa caballeresca Orden ligó Bolívar, desde los años de la adolescencia sus destinos, para ser el buen Hijo, el impérrrito Defensor y el ínclito Padre de la Patria, en magnífica evolución de servicios y de homenajes, que como a prototipo de patriotas lo proclaman ante la espectación de las Edades.

Si mucho, si muchísimo, de cuanto pudo y debió realizar por su noble causa lo hizo, ¿qué es lo que quedó por hacerse, para que Bolívar no fuese y sea luz y espejo de patriotismo; ejemplo de virtudes cívicas y acabado apóstol de elevados ideales, hasta el sacrificio?... Cálle la ciega pasión y no ose hablar la envidia, que los áspides no lastiman ni el calcañal del Gigante, cuyo acerado coturno, en vano pretenden mellar como la serpiente del apólogo helénico.—Lámpara votiva de la libertad de América es la tumba de Bolívar y ángel tutelar de la Patria su noble espíritu, que divaga por el cosmos del Continente, como un efluvio y como un acicate, para señaiarnos el camino del civismo sin flaquezas y sin desfallecimientos, aunque haya de allegarse a los labios la copa de cicuta para el éxodo final a la Inmortalidad: qué obra de violencia es al fin conquistarla!

Y al Patriota había de seguir el Héroe, en la magna ilación de una vida sobrehumana; como en la evolución gradual, a la honda convicción sucede la fuerza incontrastable de las acciones conducentes al predominio de aquello en que se cree y se espera, y Bolívar tenía la creencia de la Patria independiente y la esperanza de verla fuerte y feliz: tal era su lema.

Los grandes postulados de su civismo, habían de impulsarlo a trascendentales hechos, que cual los aletazos del cóndor anónimo, abatirían al poderoso adversario, mientras él desataba del carro de la servidumbre los Pueblos, que no España, sino el tiempo había esclavizado innoblemente, según el grandioso decir de uno de los magníficos Vates iberos.—Así la vestidura civil del noble patricio, se trocó en el marcial uniforme del invicto batallador, y sentó plaza Bolívar en las olímpicas filas de la Gloria, para luego encender la guerra tormenta, que desde el setentrión había de atravesar al mediodía de América, estallando en irresistibles centellas, para sembrar en surcos de fuego la simiente redentora: Carabobo, Boyacá, Pichincha, Junín y Ayacucho, qué son, sino las radiantes etapas de la ascensión semidivina de Bolívar al pináculo del heroísmo y de la grandeza, para plantar en ese culmen la augusta figura de la República?...

Las excelsitudes andinas lo contemplaron en sus desoladas estepas; los amenos valles en sus floridas vegas; el océano ilímite sobre sus indómitas olas, y el huracán en sus alas, como el relámpago en su fulgor y en su tronido: era el dios del mito helénico señoreando la tierra desde su tonante trono y disparando aniquiladores rayos, para abatir huestes, disolver legiones y pulverizar ejércitos; mientras a su conjuro mágico surgían de la nada invencibles Divisiones, que él las organizaba con el poder de su verbo y el soberano imperio de su espíritu, equipándolas, no con otros elementos que con aquellos que había que arrebatarnos al enemigo: es decir, primero vencer para vencer, pero siempre vencer; suprema fórmula de triunfo, tan sólo de quien llevaba ceñido a su cinto el acero, como viviente encarnación de la Victoria!....

Vuelta al cielo la titánica faz, Bolívar nunca conoció las languideces del tedio ni las aberraciones de la inedia, como tampoco supo de las locuras de la soberbia ni de las ferocidades de la crueldad: guerrero netamente cristiano, de la acción de gracias de un triunfo, hacía la invocación para una nueva campaña y otra grande victoria, bajo la égida invencible del Dios de los Ejércitos.— Poblados están sus fastos heroicos, y por ellos los de América, de documentos que son la Carta de alteza del Héroe sin segundo, para quien vienen cortos los cantos de la Epopeya, cuando en arranques sublimes, desnuda el corazón magnánimo y lo derrama en brotes de elocuencia que pasman, cuando ostentan al Máximo Batallador como adalid creyente, como orador consumado, como literato y como poeta mismo: las facetaciones del Genio transparentándose en todos sus actos, para constituirlo como protagonista digno de los Cantos homéricos o de las Odas de Píndaro y de Simónides, que en efecto los tuvo de las insignes lirás de Olmedo y de Bello, de Caro y de Lloña, de Cordero, de Crespo Toral y de García, para no citar sino lo encumbrado, "en el Paranaso de la América por el nuevo Aquiles redimida.

Cuatro lustros de incesante campaña marcan una estela de luz inmortal en el Mundo Bolivariano, para señalar el paso de su creador, en odisea astral hacia el cenit de la fama: jamás héroe alguno defendió con igual denuedo los fueros de un ideal noble y justo, hasta atraerse las atónitas miradas de los pueblos del orbe, que hoy mismo se afanan, en generosa emulación, por plasmar en el metal o en la piedra, la olímpica figura del vencedor en cien combates por la Libertad, a quien la muerte supo respetar y el plomo de Iberia dejar incólume, en los cruentos torneos de la encarnizada lid.— La inteligencia, el valor, la magnanimidad, el desinterés, la hidalguía y el sacrificio, marcarán con áureas letras la carrera de quien supera por innumerables títulos a los legendarios Capitanes de la Historia, en los cuales no supo hallarse completo el cúmulo de cualidades y de méritos que hacen sin segundo al egregio Bolívar, proclamándolo como un super-Héroe,

en la Milicia de todas las Edades.

De la admirable conjunción del Patriota y del Héroe, debía de brotar lógicamente la ínclita figura del Libertador; como del encadenamiento de las montañas surgen las cordilleras, para coronarse de resplandores y hender con su níveas cúspides el cielo: al triunfo de su magna idea subordinó Bolívar todos sus afanes de ciudadano y todos sus esfuerzos de guerrero.— La suprema filosofía de su estupenda obra, estaba escrita en su fulgurante cerebro y grabada en su aquilino corazón. Sus ideales debían condensarse en la implantación de la Libertad, y ésta misma encarnarse en una creación de su Genio: Colombia! . . . .

Y el orden cronológico de sus mismas victorias de Libertador, trajo consigo la concatenación histórica con que, redimida la heroica Veenezuela, había de conglutinarse con la patriota Nueva Granada y nuestro altivo Ecuador, glorioso primogénito de la Emancipación Americana, para plasmar el gran organismo colombiano: al Genio atrajo el Genio, y la libérrima creación, surgió como un homenaje al insigne Descubridor del Nuevo Mundo, para que Colombia fuese, lo que Bolivia debía ser.— Reverencias de una cumbre a otra cumbre, que la Historia consigna como el apogeo del esplendor para el desprendimiento y la nobleza admirables de Bolívar.

Los estruendores de Carabobo, Boyacá y Pichincha engendraron a la predilecta Hija del Libertador, y al erguirse esta en su cuna, desde la histórica Cúcuta, a Bolívar proclamó como a su egregio Padre y su magnífico Creador, colocándole en el más alto sitio de la Magistratura: el Patriota y el Soldado de ayer, se ostentaban ya con la suprema aureola del Mando, para regir con blando imperio la que obra suya era y que nadie como él podía encaminar a sus brillantes elevados destinos.

La faz histórica del Libertador como Gobernante, es tan gloriosa y grande como todas las de su extraordinaria carrera.— Hay que penetrar hondamente en su grandiosa psicología, para comprender a fondo su noble ideal gubernativo: el Padre de la Libertad jamás po-



día ser su opresor ni menos su verdugo, y él, que no tembló ante lo mortífero del plomo enemigo, se arremolinó siempre ante los disparos de la insidia y los dardos cargados de ponzoña de la calumnia, que herían lo que él más amaba: "la reputación de su amor a esa por él propugnada Libertad".— Bien pueden recorrerse las páginas todas de su limpia Magistratura, ora como Dictador, ora como Presidente de Colombia, que jamás se encontrará en ellas acto alguno que engendre tiranía, si a este vocablo ha de darse su genuina acepción, no confundiéndola proditoriamente con la fortaleza en el mantenimiento de la autoridad, que necesaria energía, es y será siempre una dote para el acertado régimen de los Pueblos; tanto más, si ellos cruzaban un período de transición que aún les dificultaba digerir saludablemente el sustancioso alimento de la Libertad, sin indigestarse de libertinaje.

En la fisonomía moral de Bolívar, su carácter de Libertador se pronuncia como el más definido: él nació para romper coyundas y engendrar autonomías, de allí que, plasmada Colombia, buscarse todavía más Pueblos que redimir y que asumiese, gustoso y denodado, la magna empresa de libertar al Perú y a Bolivia, en cuyos campos diese definitivo ocaso al sol de la Monarquía, cual no los tuvo en largos siglos de la ibérica dominación: Junín y Ayacucho son el marcial epílogo de la sublime contienda libertadora, y ni ellos mismos lo hubieran sido, si las Naciones del Austro hubieran estado aún cautivas del régimen colonial y no ya simultáneamente independientes de tal yugo.—El ímpetu emancipador de Bolívar y el esfuerzo incontrastable de su brazo de Titán, habrían ido hasta el Cabo de Hornos y la Patagonia, redimiendo esclavos y quebrantando al enemigo hasta en sus más apartados reductos; como es de todo punto indudable que, sin su presencia en la palestra campal del Setentrión, bien pudo haberse puesto muy luego el sol de los libres en el Sur, para que recuperasen su imperio las redivivas sombras de los derrotados de Maipú, Chacabuco y otros gloriosos palenques de victoria, para Sanmartín y O'Higgins.— Bolívar detuvo ese sol en su ple-



no cenit, y a su luz batallaron las Naciones del extremo Mediodía sudamericano, para vencer al poder español, que de lleno habría reaccionado sobre ellas, desde su baluarte del Perú y de Bolivia, si el Libertador, ante quien el Héroe argentino resignó la espada, no hubiese llenado ya una nueva leyenda como la del Cid, con la magnitud de sus proezas y la soberanía de su espíritu, hasta vencer y humillar al vencedor del Vencedor de Europa, lo que implica que la figura de Bolívar predomina forzosamente sobre la del Gran Capitán del Siglo y la de otros sus marciales imitadores.

Vano intento sería el nuestro, si quisiéramos seguir la órbita luminosa en que gira la radiosa carrera del Libertador, para ir marcándola de hito en hito, cuando ello ha sido fatiga de historiadores el pretenderlo, y vuestra reconocida ilustración lo conoce; si, por otra parte, no ignora las grandes etapas bolivarianas, para reconocer y proclamar a su excelso protagonista, como el super-hombre del espíritu, y el decoro y prez más brillantes de la Raza, y por ello, viene inoficioso todo histórico detallado recuento, que ni lo grande del personaje lo demanda ni vuestros eruditos conocimientos lo solicitan: el nombre de Bolívar es la suma y compendio de la gloria sudamericana, y de la misma latina toda, si es que no hemos de exaltarlo como un supremo ejemplar que dignifica a la Humanidad entera y que forma ecuación con los más nobles sentimientos de la especie, lo que enfáticamente podríamos hacerlo, sin alardes de audacia ni deslumbramientos de soberbia.

Mas, volvamos los ojos a la postrimera etapa del Astro de la Libertad, antes de que sumiese su sangrante disco cabe el Mar Caribe, en las tristes playas de la desolada Santa Marta.— Al Apóstol de los libres y al propugnador de sus derechos, no podía faltarle la acerbidad postrera con que el cielo depura a los Genios, sometiéndolos, como al oro, a la prueba del crisol, para vaciarlos en la turquesa de la inmortalidad.

Bolívar, desde su mismo apogeo, empezó a sentir las dentelladas inhumanas de la procacidad revestida con el manto de falso patriotismo: émulos indignos, incapaces de hombrar con tan gigantesco Varón, roían

incesantemente la raigambre del árbol frondoso de su bien sentado prestigio, para hundirlo en la desopinión y entregarlo al odio, infernal engendro, en este caso, de la más execrable y negra ingratitud: ni el vituperio escaseó su vocabulario, ni la calumnia escatimó sus envenenadas saetas, y uno y otra, en infame contubernio con la traición, fraguaron la maldecida y jamás perdorable escena de Setiembre.— Otra vez, los torpes descendientes de aquél de la escena del primer fratricidio, manejaron la mandíbula de asno contra el hermano bueno. Los mismos que la habían esgrimado en las selvas de Berruecos contra el redivivo Abel, ellos la requirieron desvergonzados, nuevamente, y ¡oh baldón sin nombre! intentaron que corriese la sangre del parricidio, vertiendo la de quien les había dado Patria y Honor y les había alcanzado Libertad.— Nunca la Historia justiciera podrá callar ante la nefanda encrucijada Setembrina, y, por el contrario, estigmatizará siempre a su satánico propulsor Santander, cuyo nombre hay que execrarlo, por la suprema autoridad de la moral y de la justicia, como sanción que al crimen se impone por las generaciones que han advenido y que son las legitimamente llamadas a juzgar, con inapelable fallo.

Pero si el asesinato físico no pudo consumarlo la perfidia, porque hubo de escapársele por la imprevista senda del fracaso; ella no cejó ante la consumación del moral, que lo tomó como empresa digna suya, y el Libertador, avezado al crepitar de las balas y al tronar de los cañones, languideció sin embargo, cuando azotaron su rostro la ingratitud deslayada y el desengaño cruel, haciéndole apurar a largos sorbos la hez de la amargura, que escancia, en fatídica copa, a los hombres superiores, la Humanidad misma, tristemente apartada del sendero de la verdad y de la virtud, para que se cumpla, de modo fatal, lo del *homo homini lupus* del filósofo.

Bolívar había agotado los dones de su magnanimidad y los esfuerzos de su enegía, para detener las innobles maniobras en su contra y en la de su generosa obra; pero su corazón, moralmente destrozado, ya

no era el invencible reducto de su férreo, incontrastable carácter: las fuerzas corpóreas decaían consumidas por el incesante batallar contra los propios bastardos hijos de la libertad, que lo eran auténticos del libertinaje.—Su dolencia mortal no había que diagnosticarla tanto en el campo de la fisiología como en el de la psicología, cuyas supremas afecciones aniquilaban su cuerpo, como el fuego de una lámpara el aceite que le da pábulo.—Fracasada la Asamblea Admirable que había de regenerar la decaída vida colombiana, el Libertador llegó a considerar que su propia personalidad, por obra de la felonía, había llegado a constituir un insalvable óbice para el reinado de la paz, y en supremo arranque de patriótico despecho, determinó eliminarla del campo político, para retirarse lejos del palenque de tantas acerbidades: imaginó que Colombia podía subsistir sin el alto cerebro y el inmenso corazón que le daban vida, y buscando la salud para ella en la supresión de su paternal autoridad, no previó que la estaba asestando el golpe postrero y fatal.

Vueltas las espaldas al sombrío cuadro de deslealtad y degradación, en solitario viaje, abandonó la histórica capital colombiana, no sin que la injuria hiriese sus nobles oídos con la procacidad de los ingratos; y así se alejó por la inmensa sábana, y así llegó en sucesivos días de amargo viacrucis a Cartagena; y así, como un sublime Mártir, buscó el retiro de Santa Marta, para enfrentarse con la solemnidad de la muerte y buscar el supremo misericordioso amparo del Cielo.

Abandonado de los hombres, ni una ráfaga de su pasada gloria visitaba al exánime Libertador de un mundo: Venezuela, su tierra nativa, lo proscribía en los términos de la repudiación; la Nueva Granada lo repelía de su seno como un elemento peligroso y disociador; pero a él fue en viaje de consuelo, la lealtad del Ecuador, para ofrecerle asilo en sus postreros días y para ratificarle la protesta de su filial incontrastable adhesión.—Gloriosa suerte la nuestra, de no haber participado un solo momento en los ajetreos de la traición ni en las viles maniobras del desconocimiento: a Bolívar proclamamos un día como a Padre excelso de la Nacionalidad; a Bo-

lívár seguimos en la ruta de gloria de nuestra redención, y a Bolívar acompañamos en los amargos instantes de la desolación: ¿qué otro título de más alta nobleza puede invocar un Pueblo, para vivir honrosamente en el rol más decoroso de las Naciones y en las páginas más brillantes de la Historia? . . .

Ha decurrido un siglo desde que el Libertador penetró al recinto de los inmortales, y todavía nuestra lealtad le guarda culto y nuestro agradecimiento lo venera.— Esta misma tierra ecuatoriana, fue la que primero supo elevarle estatuas y ella misma es la que, al presente, ha sabido, más que otra alguna, consagrar solemne, inusitado culto, a la conmemoración de su doloroso éxodo, que es la magnífica entrada a su gloriosa apoteosis final.

Con limpia conciencia nos hemos presentado ante los Manes de Bolívar, mostrándonos dignos de su obra redentora, porque jamás tuvimos la desdicha de ofenderlo, ni en su vida, que fue el tránsito de un extraordinario Genio por el mundo; ni en su muerte, que lo transformó en el más alto espíritu protector de nuestra vida nacional: hoy mismo, no estamos, haciendo otra cosa que ratificar, con la ingenuidad del corazón ecuatoriano, el amor y la lealtad al ínclito Padre de la Patria, cuya voz exánime, quiso agradecer, desde su lecho de muerte, los homenajes que el Ecuador reconocido le rendía, homenajes, a uno de los cuales, decretado por el Congreso Constituyente de Riobamba, se complace en dar debido cumplimiento al Excelentísimo Tribunal Superior de este Distrito: como que la Centuria transcurrida desde que tal decreto fue expedido, no ha hecho sino acendrar, aún más si cabe, el afecto hacia el Creador de nuestra Libertad y de nuestra Autonomía.

**CONCIUDADANOS:** por autoridad suprema de la Justicia y de la Gratitud nacionales, entrego a vuestra agradecida veneración, la efigie del Libertador don SIMÓN BOLIVAR, que de hoy más, presidirá gloriosamente esta Sala Máxima de Despacho Judicial, en la que la excelsa figura del Gran Campeón de América, será prenda de unión entre la honrada Magistratu-

ra y la correcta Ciudadanía.

¡Mirad su legendaria sombra y saludadla reverentes, a los sagrados sonos del Himno con que la aclama la Patria!—¡No ha muerto el Genio, como no muere el sol!...., y vive y vivirá el Libertador, cuanto vivan la Patria, la Gloria y la Libertad!

## INFORME

Los que suscribimos el presente informe, miembros del Jurado Calificador designado por el H. Consejo de la Universidad de Cuenca, para estudiar una obra escultórica del artista señor Daniel Alvarado, consistente en un busto tallado en madera y que representa a Honorato Vázquez; informamos a nuestro mandante, que habiendo hecho atento estudio de la obra de arte digna de admirarse por el primor de talla, el parecido físico y la interpretación multifacetada de lo anímico y moral del modelo, cualidades que superadas hasta la perfección hacen aún innecesario el auxilio de la pintura, que no queremos tomar en cuenta, a pesar de su acabado perfecto, analizando solamente el valor de la talla que lo encarecemos con entusiasmo por señalar en esta obra un paso avanzado en el hermoso arte de Miguel Angel.

Resumiendo lo dicho, creemos que el estudio del señor Alvarado es digno del galardón que, con elevado patriotismo y sagaz acierto, ha querido la Universidad de Cuenca dispensar a un escultor azuayo, en homenaje a la memoria inmortal de Simón Bolívar en la primera centuria de su glorificación. Homenaje que pensamos tanto más oportuno y natural cuanto que S. E. el Libertador enalteció y honró las Bellas Artes en el Azuay en la persona del genial artista don Gaspar Sangurima.

Y así damos por cumplida nuestra comisión, ratificándonos en lo aseverado y presentando el testimonio de nuestro aplauso al H. Consejo Universitario, que, tan hermosamente, honra la memoria del Libertador, otorgando en homenaje suyo el premio HONORATO VAZQUEZ, que será nuevo estímulo y acicate en las conquistas del Arte que auspicia el más alto de los institutos docentes del Azuay.

Del señor Rector de la Universidad, Presidente del H. Consejo Universitario, muy atentamente,

ALBERTO TAMARIZ C.—L. TORO M.—A. MORENO-MORA.

Cuenca, 17 de Diciembre de 1930.